

ARTURO PÉREZ-REVERTE

“Las mujeres sois seres superiores”

El escritor regresa a las librerías con su novela más femenina, 'El tango de la Guardia Vieja'. Amor, sexo, intriga y traición a ritmo de tango... Una historia tras la que te preguntas cómo habrá aprendido tanto de nosotras

FOTOS: MARÍA DE MIGUEL

La cita es en el restaurante Lhardy, el primer café de Madrid al que las mujeres pudieron entrar solas. El restaurante donde uno de los protagonistas de su nueva novela se apuesta una cena que le empuja a componer el tango de su vida. El mismo donde el escritor suele quedar con sus compañeros de la Real Academia de la Lengua y donde me invitó a un cocido madrileño mientras charlábamos. “En este salón se dejó la reina Isabel II olvidado un corsé...”, me cuenta divertido. Así es Arturo, un hombre en el que nada es casual. Lo que menos, que haya convertido a la mujer en protagonista de su nueva novela, *El tango de la Guardia Vieja*. Según él, “la heroína del siglo XXI”.

Me gusta cómo tratas a Mecha, tu protagonista femenina. Alguna vez has dicho que todavía estaba por escribir la nueva mujer...

Es verdad. Llevamos tres mil años de literatura sobre el hombre: desde la *Iliada* hasta *Mad Men*. Conocemos al villano, al héroe, al cobarde. La mujer era una comparsa. Pero ahora

su papel ha cambiado y afronta nuevos desafíos.

Esa es una gran noticia.

Sí, pero al mismo tiempo no se han liberado de su vieja herencia genética, ese lastre de madre trabajadora... La ejecutiva de hoy no olvida el remordimiento de haber dejado a sus hijos en casa, y eso le crea una esquizofrenia que, para mí como observador, es muy interesante. La del siglo XXI es una heroína nueva y fascinante y está en pleno desenganche de ese esquema. Creo que, al final, hasta la mujer más inteligente acaba siendo víctima algún día de su útero o de su corazón.

Y Mecha de los dos.

Es verdad [ríe]. El héroe masculino está agotado.

Salvo Max, tu protagonista, que no es un héroe, y tampoco un antihéroe.

Max es un superviviente y representa lo que a muchas mujeres les seduce: el rufián. Curiosamente los hombres, cuando somos jóvenes, creemos que a las mujeres les interesan los caballeros, y te pasas la vida intentando serlo como un gilipollas. Hasta que descubres que quien se lleva a las señoras es

tu amigo el rufián. Ese día, o te adaptas o te descuelgas de la carrera [ríe].

Te has puesto muy romántico: un trasatlántico, la Costa Azul...

Claro, ¿es una historia de amor!

Me ha llamado la atención todo lo que sabes de mujeres: de moda femenina, de perlas, pequeños detalles...

En esta novela era fundamental porque contiene trama, espionaje, traición... pero, sobre todo, es una historia de amor de verdad: complejo, turbio a veces, esquinado, malinterpretado, con separaciones y reencuentros...

Con sexo...

Sí, y no siempre convencional.

Y luego está la trama del tango. Debes de bailar de maravilla, por la perfección con que lo describes.

No te creas [ríe]. Nunca he sido un buen bailarín. Pero lo he estudiado. En realidad esta novela surgió en 1989. Yo estaba en Buenos Aires, todavía era reportero, y una noche bajé a tomarme una copa al saloncito del hotel y había una pareja bailando. Él era un tipo guapo, canalla, peinado para atrás. De repente sacó a bailar a una señora de unos 50 años, muy ele- →



La mujer vencedora es la que llega a los 60 años manteniendo la casta y las maneras”

gante, que se veía que había sido muy guapa. Ella se movía con tanta elegancia que lo anuló. Era la mujer con mayúscula, la femineidad. Su forma de bailar reflejaba su forma de vivir.

Cómo es el poder de la mujer..

¿Sabes qué pasa? Yo soy tan estúpido como todos los tíos, pero he leído mucho y he tenido una hija, que ahora tiene 21 años y es arqueóloga, pero que ya cuando tenía seis o siete años, no me acuerdo qué le dije un día que me contestó: “Pero papá...”, con un desprecio y una superioridad moral que yo me dije: “Esta tía, que aún no se ha enamorado, ni le han mentido, y ya sabe que los hombres podemos ser despreciables. ¿Dónde lo ha aprendido?”. Y es que las mujeres sois seres superiores, os coméis a los tíos con patatas. ¿Qué tía inteligente conoces que sea completamente feliz, que no tenga un agujero de soledad y lucidez?

¿Eso no os pasa a vosotros?

Los hombres nos hemos inventado mecanismos de compensación: la guerra, el fútbol, el sexo...

Quizá porque nosotras llevamos ‘el secreto de la vida’...

Lo que lleváis es una historia de silencios, de ser madres o víctimas de guerreros. Erais la que calla cosiendo o cocinando mientras él habla, la que se queda sin hijos en la guerra... y eso ha generado durante siglos una forma de ver el mundo, una lucidez instintiva que os hace diferentes. Acercarte como novelista y ser humano a ese



tipo de silencios es increíble. Mecha es un intento más de querer hacerlo.

Por eso la novela es tan femenina.

No es femenina: la ha escrito un hombre. Pero he intentado que esa mujer fuera real. He volcado cuanto sé, imagino o recuerdo de las mujeres que ha habido en mi vida parecidas a Mecha.

En un primer momento ella es tan atractiva que nos envuelve más en una historia de sexo que de amor.

Lo que a Max le fascina de Mecha, sexo aparte, es que hay mujeres que van por el mundo como si este estuviera hecho para que ellas caminaran. Una mujer te puede seducir de una forma devastadora y marcar tu vida sin tener que ver con el sexo.

Y algo cambia cuando él se la encuentra cumplidos los 60...

Pero ella sigue teniendo esa impronta de mujer superior. Y esa es una

cosa que no tiene nada que ver con la clase social.

¿Es una novela nostálgica?

En el sentido sentimental sí, porque habla de la vejez. Tú y yo lo sabemos. Hemos sido jóvenes y ahora somos menos jóvenes. Hay cosas que se van, otras imposibles de recuperar. La pérdida del atractivo, por ejemplo, crea una sensación de pérdida, de decadencia, de melancolía. Pero si hay serenidad para compensarlo, todo eso es casi educativo. Son las reglas.

Lo bonito de tu novela es que deja ver que, a partir de los 40 años, la mujer no se hace invisible.

Una mujer puede tener 60 años y ser perfecta. Quizá no eres la que, cuando entra en la sala, hace que se pare la orquesta, pero la mujer vencedora es la que llega a los 60 años manteniendo la casta y las maneras.

“

*Creo que, al final,
hasta la mujer
más inteligente
acaba siendo
víctima algún
día de su útero
o de su corazón”*



La que se siente atractiva.

Claro, la que acepta la evolución natural del tiempo sin tragedias. Yo tengo 62 años, estoy en mi piel a gusto, visto con mi edad. En ese sentido, Mecha madura como la mujer cuya evolución yo admiro: con serenidad.

En la novela dices: “El tiempo es más inclemente en su devastación con las mujeres”. Y no estoy de acuerdo.

Yo no asumo esa afirmación. Lo dice un personaje.

Y ¿tú qué piensas?

Que es verdad [ríe]. Es una convención social. Por eso la mujer cuando pelea es tan dura. Como es mucho más vulnerable socialmente, pierde más con el desgaste que la vida le imprime. Tiene que pelear por su supervivencia o por sus hijos, y ahí es implacable. Hay dos razas superiores en el mundo: los japoneses y las mujeres.

Lo de las mujeres lo entiendo, lo de los japoneses no...

Son una raza superior: disciplina, sobriedad, crueldad, eficacia...

Un diálogo de tu libro: “Una mujer nunca es solo una mujer, querido Max. Es también, y sobre todo, los hombres que tuvo, que tiene y que podría tener. Ninguna se explica sin ellos. Y quien accede a este registro posee la clave de la caja fuerte de sus secretos”.

Y es verdad. En los hombres influyen más los amigos. Aunque también las mujeres, claro. Pero en la mujer el hombre produce unos estragos que determinan vuestra vida. Hay una cobardía moral en el hombre de la que ella carece. Una mujer que se enamora de un tío: sus hijos, la sociedad, el marido... nada se interpone. Es lo que decíamos del peso del útero y el corazón. Y no es malo, porque la hace más tenaz y valiente, con más recursos.

Y ¿los hombres no tenéis corazón?

Tenemos otras cosas. Pero el corazón no es lo que nos mueve.

Qué sí, que estáis cambiando...

Eso es una pose. Tú hablas de cuatro hombres. Vete a Marruecos, a Ayamonte, a un pueblo de payeses...

Yo hablo de nuevas generaciones.

Pero yo no.

Te has enganchado a Twitter...

Tengo siempre el remordimiento de no atender lo suficiente a los lectores y las redes sociales me dan la posibilidad de compensar, porque el novelista tiende a aislarse en su mundo. Yo vivo muy aislado: no veo la tele, ni los telediarios, y solo leo periódicos cada varios días. E Internet me permite mantener ese hilo con lo vivo. Además, he descubierto que es una válvula de desahogo cuando necesito expresar mi cabreo porque, por ejemplo, un ministro se acaba de cargar el latín. Es como irte a la barra de un bar y desahogarte con los amigos.

En general, se te lee cabreado con todo lo que está pasando.

Y ¿quién no lo está? Europa fue durante muchísimos siglos el foco de las libertades, los derechos, la decencia. Los americanos nos miraban para hacer sus propios códigos morales y todo eso ahora está en manos de media docena de funcionarios analfabetos en Bruselas. Somos una caricatura de nosotros mismos.

¿Qué podemos hacer?

Mi sospecha, y no quiero ser fatalista, es que la aportación cultural que tenía Europa se ha terminado. Luego vendrán la civilización china, la asiática, la africana... Hay que asumirlo. Y esto me produce una profunda melancolía.

Es casi el mensaje que lanzan los promotores del 15M: los políticos no nos representan.

Pero en eso no estoy de acuerdo, porque todos los políticos son un resultado de nosotros mismos. Si Wert quita el latín es porque la gente no quiere saber nada del latín.

Yo pienso que eso va a cambiar.

Soy más optimista.

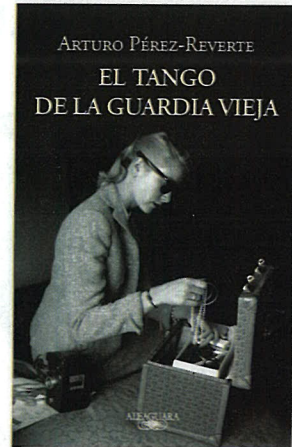
Yo creo que nadie que lee historia puede ser optimista.

Se pueden dar pasos hacia una recuperación de la ética.

Mírame a los ojos. ¿De verdad crees que la sociedad futura será éticamente superior a la de nuestros padres?

Yo veo a mi hijo con 26 años y sus amigos y tienen una ética excepcional.

Yo fui joven en los setenta. La transición. Y mira cómo estamos. ●



Un presagio de mujer y de aventura

Pérez-Reverte lleva veinte años escribiendo *El tango de la Guardia Vieja* (Ed. Alfaguara). “La empecé con 39 años y cuando llevaba 50 folios noté que me faltaban la mirada, la serenidad, la experiencia y la lucidez que te dan los años. Ahora, con 62, era el momento”. Dos décadas en las que ha construido una apasionada y turbia historia de amor entre Max Costa, “un bailarín mundano”, y Mecha Inzunza, un bellezón casada con un músico famoso. La búsqueda del sonido del tango original en el Buenos Aires de 1928 (la ‘banda sonora’ del libro es estupefanda) es la excusa para introducir al Reverte más puro: intriga, traición, lucha entre caballeros de distintos pelajes... Un asunto de espionaje en la Riviera francesa durante la guerra civil y una inquietante partida de ajedrez en el Sorrento de los sesenta hacen el resto.